

# MISION Y UNIVERSALIDAD CONCRETA DE LA IGLESIA

*A partir de la aventura actual de los cristianos latinoamericanos, el autor nos muestra cómo debe ser hoy una iglesia católica, es decir, universal y misionera. Esta Iglesia nace del Espíritu que actúa en un pueblo y suscita comunidades en las que el evangelio y sus exigencias concretas, vividas sencillamente por las «gentes del pueblo» (laicos) se abren paso a través de estructuras anquilosadas, fecundando así la vida de la gran Iglesia.*

*Mission et universalité concrète de l'église, Lumière et Vie, 137 (1978) 33-52*

## Introducción

Recorriendo a través de la historia el contenido semántico dado a la palabra catolicidad/universalidad de la Iglesia nos encontramos con cinco sentidos fundamentales:

1. Sentido *descriptivo*: católico significa la *universitas christianorum* (Hugues de Saint-Victor) o el cuerpo de las Iglesias (LG 23,2), formado por el conjunto de las Iglesias locales. Este conjunto total y universal es más que la suma numérica, puesto que la unidad (cuerpo) resulta de la comunión que todas las Iglesias locales mantienen entre ellas. Católico se emplea en un sentido histórico y sociológico.
2. Sentido *cualitativo*: es católico lo que tiene un destino universal y vale para todos, sin excepción ninguna. La Iglesia es católica porque emerge como una comunidad abierta indistintamente a todos los hombres. Esta catolicidad se enraíza en un dato cristológico e histórico-salvífico: la salvación, de la cual la Iglesia es el significante consciente y organizado, es ofrecida a todo el mundo. La misión, como anuncio de salvación presente y llamada a la conversión, es igualmente universal. La Iglesia se siente enviada a todos los pueblos (Mt 28,18; Hch 1,8; LG 13). Ser católico es una propiedad (nota) intrínseca a la realidad cristiana a cada nivel de realización (personal, comunitaria, planetaria).
3. Sentido *geográfico*: católico quiere decir mundial en sentido cuantitativo: es la Iglesia que se encuentra "difundida por todo el orbe" (Canon romano). Se trata de una acepción derivada de la misión universal.
4. Sentido *polémico*: Católico significa verdadero y ortodoxo. La Iglesia se dice católica porque acoge la totalidad de la verdad evangélica, en comunión con la tradición y con todas las Iglesias locales. Católico se opone a sectario, como el todo se opone a la parte. Lo que es sectario se caracteriza por la ausencia de referencia a la totalidad: el sectario universaliza una parte. Este sentido aparece a partir del s. III y se estratifica especialmente en el s. XVI.
5. Sentido *antropológico-cósmico*: católico quiere decir, finalmente, fuente de plenitud y totalizador. La fe cristiana, una vez dados los sucesos escatológicos de la resurrección de Cristo y del envío del Espíritu Santo, se presenta como una respuesta a la totalidad de

las aspiraciones humanas y como la plenitud de todos los dinamismos cósmicos en dirección a una convergencia final. La naturaleza misma del hombre representa una catolicidad intrínseca en tanto que está abierta a una capacidad ilimitada y universal de comunión. El cristianismo, con su catolicidad esencial, pretende tomar en consideración y realizar, al nivel de las cuestiones últimas y del sentido absoluto, esta catolicidad antropológico-cósmica.

Si se hace abstracción de este último sentido, que surge de una reflexión más reciente, todos los otros sentidos giran alrededor de la naturaleza de la fe cristiana, que es intrínsecamente católica. Esta doctrina de la tradición posee un valor al que no se puede renunciar. Evidentemente, la catolicidad plena es un don escatológico; mientras dure la historia, ninguna realización concreta de la catolicidad y universalidad agota la vocación y misión universales. Se trata de una tarea que debe ser realizada de modo continuo y no de un dato de simple constatación socio-analítica. Eso quiere decir que si la Iglesia es católica, no lo es, sin embargo, plenamente. La historia abre nuevas posibilidades para la actualización de la catolicidad. La catolicidad no debe ser pensada y vivida solamente a partir del vértice, de arriba (voluntad salvífica universal), sino a partir de la base, enraizándose en las exigencias histórico-sociales que reclaman para ellas mismas un carácter de universalidad.

La Iglesia no se descubre solamente universal a causa de su carácter intrínsecamente católico y de su misión universal, pero llega a ser universal en la medida en que asume las causas universales de los hombres y de la sociedad y en la medida en que hace suya la universalidad definida por otros. En esta perspectiva, la universalidad es definida a partir de la misión, comprendida como proceso de encarnación liberadora, en el interior de una coyuntura históricamente definida. Esto quiere decir: encarnando las causas universales la Iglesia llega a ser ella misma universal.

## **I. EL VINCULO ENTRE MISION Y UNIVERSALIDAD CONCRETA**

Podemos constatar que cuando la Iglesia redefine su misión en la historia, redefine también la concepción de su universalidad.

Creemos que en la actual coyuntura histórica, toda la Iglesia entera está a punto de hacer una experiencia espiritual y política que le confiere una universalidad nueva, que se manifiesta principalmente en las jóvenes Iglesias de la periferia del "primer mundo", en América latina y en África. Esta catolicidad concreta a punto de surgir constituye una aportación para las viejas Iglesias-madres y una riqueza para toda la Iglesia.

Para comprender mejor esta universalidad, vamos a recorrer rápidamente la trayectoria de la Iglesia en el curso de los últimos decenios, a partir de la correlación misma misión/universalidad.

### **1) Una Iglesia fuera del mundo: universalidad a partir de la fe**

Durante siglos, y en los círculos oficiales hasta el Vaticano II, las prácticas cristianas significativas se restringían al campo religioso, opuesto al campo profano. A partir de ahí ha nacido una representación de la Iglesia *fuera del mundo* y cara al mundo. Esta

Iglesia se sentía portadora, de manera exclusiva, de una misión universal para el mundo: aportar la salvación que el mundo no posee. La Iglesia se comprendía principalmente como sacramento *-instrumento necesario* para la salvación, con la consecuente "eclesialización" del mundo, uno de cuyos frutos fue la cristiandad medieval. En el plano socio-analítico, la manera concreta bajo la cual se presentaba la universalidad/catolicidad de la fe era la uniformidad: una misma teología, liturgia, orden jurídico, lengua oficial, etc. Las notas propias de la Iglesia local de Roma fueron impuestas a todas las Iglesias locales del mundo entero. Lo universal y lo católico (apertura a los pueblos y asunción de sus valores) podía también realizarse como la universalización de lo particular. El gasto a pagar fue elevado: pobreza de expresión, rigidez, unificación reductora; pero a pesar de eso, el carácter universal y católico de la fe no fue totalmente ahogado.

En términos históricos, este tipo de Iglesia *fuera del mundo* y cara al mundo ha significado, para América latina y África, una colonización religiosa, una imposición de los esquemas del cristianismo europeo post-tridentino y la destrucción o no utilización de los valores culturales de las civilizaciones-testigo existentes en estos dos continentes.

## **2) Una Iglesia en el interior del mundo: universalidad a partir del hombre ilustrado**

Con el Vaticano II, los obispos han redefinido la misión de la Iglesia. Hacía tiempo que las prácticas de muchos cristianos no se ejercían ya exclusivamente dentro del marco del sistema eclesiástico, sino en el interior del mundo profano y secular, construido por el espíritu moderno. El concilio ha extraído la concepción teológica que le era subyacente: una Iglesia *en* el mundo. El título del documento más importante del Vaticano II es sintomático: "Constitución pastoral, *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo de hoy". La salvación es comprendida históricamente: pasa por múltiples mediaciones (*sacramentos*, en el sentido en el que los entendían los Padres), de las que la más importante, pero no única, es la institución de la Iglesia. La Iglesia es sacramento-instrumento de redención, pero, al decir eso, no aparece su misión histórico-salvadora específica. Esta consiste en el hecho de ser sacramento-*signo* de la salvación universal. La salvación está en el mundo porque Jesucristo está en el mundo, sea como Verbo por el cual, con el cual y en el cual el mundo ha sido hecho, sea como encarnado en el mundo o como resucitado y *plérôma* del mundo. La Iglesia es el significante (sacramento) organizado históricamente, del significado esencial (la salvación y la gracia) que no puede ser confiscado totalmente por el significante, porque el mundo es también el portador de gracia y salvación.

La misión de la Iglesia consiste "en sentirse verdaderamente solidaria del género humano y de su historia" (GS I). *Gaudium et Spes* enumera "las aspiraciones más universales y más profundas del género humano" (n. 9 y 10) e intenta comprender la universalidad de la Iglesia por su capacidad de responder de modo universal (n. 11). La Iglesia no actúa a partir *del exterior*, sino *desde dentro*, abrazando a todos los hombres, sean o no creyentes, y ayudándoles a percibir su vocación de construir un mundo de acuerdo con la dignidad del hombre, de aspirar a una fraternidad universal y de responder a las exigencias de nuestra época (n. 91).

*A nueva misión de la Iglesia, nuevo tipo de universalidad*

La redefinición de la misión de la Iglesia instituye también, como consecuencia, una nueva universalidad, que no descansa sólo sobre la naturaleza específica de la fe cristiana, sino sobre la universalidad de las aspiraciones históricas del mundo actual, asumidas por la Iglesia. De este modo, los deseos profundos del hombre de la cultura científica y técnica de hoy son asumidos por la fe, a partir, evidentemente, de la identidad cristiana que no puede ser puesta en cuestión. Aunque el concilio tenga conciencia clara de las disparidades entre países dependientes (n. 9 y 66), entre culturas altamente desarrolladas y culturas con retraso (n. 56), su reflexión privilegia al hombre de la modernidad que, a partir de Europa, se ha extendido a través del mundo entero. El destinatario de su intervención significativa, a pesar de su voluntad de dirigirse a todos los hombres indistintamente, es, *de hecho*, el hombre moderno, escolarizado y con una mentalidad científico-técnica. Esta universalidad no es "universal", sino de un grupo dominante del mundo que retiene el monopolio del tener, poder y saber. Se trata del mundo "ilustrado", a partir del cual se comprende la Iglesia y con el que se ha identificado en su teología y en su pastoral.

**3) Una Iglesia en el submundo: universalidad a partir del no-hombre**

En 1968, se tuvo en Medellín (Colombia) la segunda Conferencia de los obispos latinoamericanos. Se trataba de adaptar las instituciones del Vaticano II a las condiciones específicas del continente subdesarrollado. La Iglesia se dio cuenta de los siglos de colonialismo y de dominación a los que América latina ha sido y permanece aún sometida. A partir de este telón de fondo, redefine ella su misión. Parte de un análisis que es releído teológicamente: "Esta miseria, como hecho colectivo, es una injusticia que clama al Cielo" (*Documento sobre la Justicia*, 1). Hace suyo el "anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre" (*Introducción a las conclusiones*, 4) de las inmensas mayorías que viven en la pobreza. Define en términos bien concretos su misión: "La Iglesia latinoamericana tiene un mensaje para todos los hombres que, en este continente tienen hambre y sed de justicia (Justicia, 3). Se dirige, sin embargo, de manera particular a los *no-hombres* (el hombre oprimido es ontológicamente un hombre como otro cualquiera, pero en el plano histórico y analítico ha sido despojado violentamente de su dignidad y de sus derechos), aquellos a quienes han sido rehusados los derechos y dignidad más elementales, sin los cuales la vida humana no puede ser considerada como humana.

La Iglesia intenta situarse en el interior de un mundo bien determinado: el de los pobres y no-hombres. También intenta *"una nueva y más intensa presencia de la Iglesia en la actual transformación de la América latina"* (*Introducción a las conclusiones*, 8). El destinatario es diferente del de *Gaudium et Spes*: no es el hombre ilustrado, sino el que está mal escolarizado y es analfabeto; no es el que está integrado en el sistema-político-económico en vigor, sino el marginado. La universalidad de sus llamadas en favor de la justicia, la de su deseo de liberación, va a marcar la universalidad de la Iglesia y eso en la medida en que se comprometa con esta causa.

## Tres tipos de Iglesia

Considerando retrospectivamente estos tres modelos de Iglesia, podemos llegar al esquema siguiente: en el primer modelo, la Iglesia como institución se apoyaba en su propia fe, en ella misma o en sus fieles, para construirse como Iglesia y ejercer su misión universal de evangelización y de redención. En el segundo modelo -el de la Iglesia en el mundo-, se apoyaba en el hombre ilustrado, que ha recibido el beneficio de la cultura moderna, y en sus grandes ideales *de progreso*. En el tercer modelo -el de la Iglesia en el interior del submundo-, la Iglesia intenta apoyarse en los desheredados de esta sociedad, en los pobres y marginados, y se comprende como estando a su servicio.

En el primer modelo, la Iglesia se enfrenta a los problemas que conciernen a la ortodoxia y a las herejías, la verdadera Iglesia y las sectas cristianas, la fe y el ateísmo, el agnosticismo, la secularización. En el segundo modelo, los problemas candentes se refieren a las relaciones de la fe y de la ciencia, del espíritu cristiano y del espíritu moderno, de la tradición cristiana con el progreso científico y técnico. En el tercer modelo, hace irrupción con fuerza el problema de la fe y de la transformación de la sociedad, del amor cristiano y de una solidaridad libertadora con los pobres, de la Iglesia y de la justicia social. El primer grupo de cuestiones ha sido el cuidado principal del Vaticano I, el segundo modelo, el del Vaticano II, y el tercer modelo, el de Medellín.

### *Universalidad de una Iglesia que asume la causa de los no-hombres*

Conviene profundizar en el tercer modelo de Iglesia, que es vivido principalmente en la fe de los cristianos latino-americanos. Se trata de saber cómo la Iglesia es Iglesia *universal* en el submundo, asumiendo la causa de los no-hombres. Conviene insistir aquí en la universalidad concreta, la única que merece realmente el nombre de universal. Lo universal debe ser comprendido como lo que es válido para todos, indistintamente. Ese para todos, a su vez, no debe ser comprendido como lo que trasciende a cada uno y por esta razón no se encarna concretamente en nadie. Al contrario: lo universal (para todos) constituye una verdadera trascendencia: puede y debe encarnarse en todos y cada uno, sin agotar sus virtualidades en esta encarnación concreta. Lo universal es universal porque posee intrínsecamente una intencionalidad para lo concreto y para todo lo concreto. Lo universal que no se encarna, que no asume de manera consecuente lo limitado y no manifiesta coraje respecto a lo transitorio, se pierde en tanto que universal. Es una abstracción y, en el fondo, la imposición de algo particular que, en su conciencia errónea, se imagina universal. En la Iglesia, para copiar la expresión de Péguy, se trata de mantener el purismo de las fórmulas y de las doctrinas y de no ensuciarse las manos en la política sucia del mundo. Pero si un tal tipo de Iglesia tiene las manos limpias, es porque no tiene manos.

### *Una universalidad concreta recibida de las aspiraciones de los condenados de la tierra*

La realización concreta y la asunción por parte de la Iglesia de las causas del mundo y de los hombres no comprometen su universalidad; todo lo contrario, son la condición de su realización. No es lo concreto lo que falsifica la universalidad, sino las causas malas. Al hacer suya una causa buena, la Iglesia llega a ser verdaderamente universal.

Así, en el Tercer Mundo, las Iglesias se asociarán a las causas de los condenados de la tierra, que están reclamando una universalidad: se trata de un mínimo de justicia, de la libertad esencial en el ser humano, de la dignidad y de los derechos sin los cuales el hombre está por debajo del animal (pues éste en casi todas las naciones está protegido por una legislación). Ahora bien, la justicia, por su naturaleza misma, es justicia para todos. Del mismo modo, libertad, derechos del hombre y dignidad son para todos los hombres sin distinción. Si fueran sólo para una parte de la humanidad, significarían la legitimación de la injusticia y la canonización de la discriminación. O tales valores existen para todos, o bien no existen en absoluto. En la medida en que las Iglesias formen cuerpo con las reivindicaciones de los pobres, asumen una universalidad que es inherente a estas reivindicaciones.

## **II. UNA MISMA IGLESIA: UNA RED DE SERVICIOS Y DE COMUNIDADES**

Desde sus comienzos coloniales, la Iglesia en América latina se caracteriza por una fuerte presencia institucional en la historia y la sociedad. Era un poder que reforzaba y, en muchos sentidos, legitimaba los poderes coloniales y neo-coloniales. Con el Vaticano II, y particularmente con Medellín, ha comenzado un proceso de conversión de la Iglesia institucional en dirección del pobre. En primer lugar, muchos sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos han comenzado a salir de su lugar socio-eclesial y se han unido al pobre y al marginado. Y en el plano geográfico, ha habido un cambio de lugar físico que ha acarreado un cambio de lugar hermenéutico: del centro de las ciudades se han ido a trabajar a la periferia (cambio de lugar físico) y han comenzado a pensar y a vivir la fe cristiana y el "ser-Iglesia" a partir de las necesidades urgentes de los pobres (cambio de lugar hermenéutico). Al cabo de poco tiempo, esta conversión ha llegado a ser la opción de toda una Iglesia continental, opción "canonizada" por los textos de Medellín y actualizada permanentemente por documentos significativos procedentes de los episcopados nacionales y regionales. En los márgenes de la Iglesia y de la sociedad ha comenzado a surgir una vasta red de comunicaciones eclesiales de base, de carácter popular y laico. Esta red ha sido engendrada y continúa siendo animada por la Iglesia - gran - Institución. Al comienzo parecía haber un paralelismo: de un lado la Iglesia institucional, presente en los centros y tradicionalmente implantada en los medios opulentos de la sociedad; y por otra parte, una multitud de comunidades eclesiales de base, constituidas de pobres y del inmenso pueblo de Dios, al margen de la sociedad. Luego, cada uno comprende su misión específica: la Iglesia-gran-Institución asume la red de comunidades de base, le ofrece los servicios que sólo una institución organizada puede ofrecer, le confiere la universalidad y la sitúa en la gran tradición apostólica: la red de comunidades de base restituye a la Iglesia su carácter comunitario, enraíza la fe en la historia, hace encarnar las angustias del pueblo por condiciones de vida más humanas en el misterio de la salvación en Jesucristo y permite una verdadera eclesiogénesis.

Se constata cada vez más la convergencia de dos realizaciones de la misma y única Iglesia, que construyen en el mundo el sacramento de la liberación total de Jesucristo. En cada una de estas realizaciones de la Iglesia, su universalidad se encarna en la historia.

### **1) La Iglesia, red de servicios y su universalidad concreta**

La opción de la Iglesia-gran-Institución en favor de la transformación de la sociedad para permitir a los marginados su liberación ha dado nacimiento a un conflicto que soporta con el espíritu de las bienaventuranzas. El Estado (y las clases dominantes que se ocultan detrás de él) se considera traicionado por la Iglesia, su principal aliado histórico. Cuanto la Iglesia se inclina más del lado del pobre, más es fustigada por el Estado: está sometida a la vigilancia política y sus prácticas pastorales son expuestas a la represión policial. Cuanto más se acerca al Estado, más protegida se ve, colmada de privilegios, pero pierde al pueblo y renuncia a la evangelización en términos de liberación. La opción hecha por la Iglesia exige un precio que es necesario pagar. En casi cada país latino-americano, ha a y mártires que han sellado con su sangre la alianza de la Iglesia con la pasión de su pueblo.

A este nivel de la Iglesia-gran-Institución, que se encara al Estado y a las clases dominantes y que opta por la causa del pueblo, se articula una universalidad concreta típica, de la que queremos subrayar los rasgos principales.

### **La diaconía política de la Iglesia**

Las contradicciones económico-sociales desencadenadas en el sistema neo-colonial, caracterizado por la presencia masiva del capital internacional en la sociedad burguesa latino-americana, exigían la puesta en marcha de un Estado autoritario, si no totalitario, para garantizar, gracias a la mano armada de los militares, los intereses de los detentadores del capital. Así ha aparecido en casi todos los países latinoamericanos, un Estado llamado de Seguridad nacional. No es muy importante conocer sus vínculos históricos con las ideologías totalitarias de la geopolítica nazi, del tradicionalismo católico europeo y del Pentágono. Pero es decisivo darse cuenta de su función estratégica en la coyuntura actual del capitalismo multinacional. El slogan del Estado de Seguridad nacional es "Desarrollo y seguridad". Evidentemente, no se trata del desarrollo de la nación como pueblo, sino de un desarrollo, en el interior de los modelos capitalistas, que aprovecha ante todo a las élites; y la seguridad no es para todo el pueblo, sus derechos no son para todos, sino para las élites y para los mecanismos de su usufructo privado. Tal Estado, para realizar su proyecto, ha confiscado totalmente la nación y ha destruido la autonomía y el poder de todas las instancias intermediarias entre los ciudadanos y el aparato del Estado (sindicatos, partidos, asociaciones de clase, universal, etc.), de tal suerte que la persona se encuentra expuesta al poder absoluto del Estado. La ideología de Seguridad nacional, al servicio del capital nacional e internacional, presupone y da lugar a una imagen del hombre, de la sociedad, de la función de la religión que quedan reducidos a las dimensiones del poder político del Estado. El Estado es el único espacio en el interior del cual se realizan todas las otras dimensiones posibles. Todas las instancias, comprendida la Iglesia, están situadas ante un terrible dilema: o integrarse o ser objeto de represión.

### **Reacciones de la Iglesia**

La Iglesia institucional, de manera general, ha quedado bastante tiempo sin darse cuenta del carácter absolutista y totalitario del nuevo Estado. Su reacción fue progresiva, a medida de su toma de conciencia. En ciertos países como Brasil, Paraguay o Chile, la Iglesia tuvo una actitud muy valiente, con innegables repercusiones políticas. La Iglesia,

al nivel de conferencias nacionales de obispos, rehusó la integración y aceptó correr el riesgo de la represión. Aunque no haya roto nunca formalmente con el Estado, dadas las desastrosas consecuencias que eso acarrearía para los dos socios, y especialmente para el pueblo, la Iglesia ha sabido articular un discurso teológico-político y desarrollar una práctica que ha conseguido el alcance de una universalidad concreta.

Primeramente, la Iglesia ha sabido reafirmar los límites que el Estado no puede franquear y que chocan con el absoluto de la persona, de la libertad y de la religión. Ha denunciado el maniqueísmo de la doctrina de la Seguridad nacional, su aspecto totalitario y reductor, ha mostrado la ilegitimidad de la utilización por el poder de los símbolos y temas cristianos. El episcopado de diversos países ha comprendido las exigencias de la coyuntura histórica: ha prestado su voz, que ha quedado libre, a los que no tienen ya voz, sea porque la han perdido, sea porque nunca hayan podido hacerse oír. Hubo casos en los que sólo la Iglesia tenía la posibilidad y el coraje de afrontar el Estado todopoderoso en nombre de las libertades públicas violadas, de los prisioneros políticos torturados, o de las víctimas de medidas masivas de represión. Es una diaconía permanente, profética y política, que desempeña la Iglesia y que le ha valido el reconocimiento universal. Lo que está en causa aquí, no son cuestiones marginales de las que la Iglesia podría desinteresarse, sino que se trata, al contrario, de los fundamentos de la convivencia humana y de la legitimidad de las formas del poder social y político. Al rehusar ser, como lo ha hecho tantas veces del poder político establecido, la Iglesia ha afirmado y mostrado, en su doctrina y en su práctica, la trascendencia del Evangelio, la suya propia y la de ciertos valores de base. Su función principal no es sacralizar el juego de fuerzas de este mundo, sino subrayar la otra dimensión que define el sentido final de la vida humana y de la historia. Se sitúa más allá de la contradicción política entre capitalismo y socialismo, entre Occidente y Oriente.

#### *La diaconía profético-crítica de la Iglesia*

Otra práctica de la Iglesia, en el interior de la coyuntura de la que hemos hablado, nos muestra un aspecto de la misión universal concreta de la Iglesia: la denuncia del sistema capitalista como generador principal de la miseria y de la injusticia social. También en este campo la Iglesia ha avanzado y matizado sus críticas. Al comienzo, con una cierta ingenuidad, se hablaba de los abusos del sistema, de los fallos del capitalismo que puede ser bueno con tal de que se corrijan sus desviaciones. Luego, ha subrayado sin ambages la miseria generalizada como "el sub-producto del desarrollo capitalista de la sociedad occidental, que deriva de su esencia misma". A partir de ahí ha llegado a desenmascarar las ilusiones de los ideales capitalistas de la acumulación exacerbada en las manos de algunos, en el carácter antipopular de toda la actividad del Estado que se esfuerza por fortificar el sistema para prevenirse contra transformaciones que serían perjudiciales para las élites. El Estado de Seguridad Nacional hace la opción anti-pueblo, pues no cree en la capacidad del pueblo para pronunciarse sobre los objetivos nacionales; le masifica, le recorta la vía de toda participación efectiva en los bienes y servicios que su trabajo contribuye a producir.

### **Una toma clara de partido**

En episcopados regionales significativos se ha llegado a formulaciones explícitas con enfrentamientos declarados según el episcopado peruano: "Construir una sociedad justa en América latina significa la liberación de la situación actual de dependencia, de opresión y de expoliación en la cual viven nuestros pueblos. La liberación será, por una parte, la ruptura con todo lo que mantiene al hombre en la imposibilidad de realizarse como tal, a nivel personal y comunitario; será por otra parte, la construcción de una sociedad nueva, más humana y más fraternal". El pueblo debe tener una participación real y directa. La liberación no es para el pueblo si no viene del pueblo mismo. En numerosos sectores se ha sobrepasado la fase de la crítica para proponer un modelo que sea una alternativa: el socialismo. "Los cristianos tienen el deber de mostrar que el verdadero socialismo es el cristianismo vivido integralmente, en una justa participación de bienes y una igualdad fundamental. Lejos de rechazarlo, sepamos adherirnos con alegría como a una forma de vida social más adaptada a nuestro tiempo y más conforme con el Espíritu del Evangelio". (Manifiesto de los obispos del tercer mundo). Pero no se postula cualquier tipo de socialismo ni cualquier vía para llegar a él. La Iglesia busca "una vía propia para una sociedad socialista" sin querer por eso un socialismo cristiano, pues "absolutizaríamos el socialismo y relativizaríamos el cristianismo, como en el pasado hemos absolutizado la sociedad occidental o la democracia, o el humanismo o la religión misma, llamándolos cristianos y hemos relativizado y disminuido, hemos anquilosado el cristianismo, presencia vital de Dios en la historia". (Mores. Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca) .

Existe en el mundo actual, especialmente en los pueblos de la periferia, una sed ardiente, siempre más grande, de participación de todos en todo, sed de una verdadera socialización de la experiencia humana. La Iglesia hace suya cierta aspiración universal y así, en el horizonte de su propia identidad católica, ella misma se universaliza.

### **Una diaconía universal: la defensa de los derechos del hombre y sus ilusiones**

En el dominio de la defensa de los derechos del hombre es donde la Iglesia realiza más legítimamente su universalidad. El subdesarrollo implica una violación crónica y estructural de los derechos fundamentales de la persona humana. La Iglesia comprende que el Evangelio, de manera fundamental y no por razón de una contingencia histórica, está unido a la proclamación y a la defensa de la dignidad humana. Por eso en la formulación de la fe, en la catequesis, en la homilética y en sus intervenciones oficiales, el anuncio del Evangelio y la promoción de los derechos del hombre forman un todo. En situaciones peligrosas, cuando todas las vías eran reducidas al silencio por la violencia, la voz de la Iglesia se ha hecho oír gritando: "*No oprimas a tu hermano*"; "*He oído los clamores de mi pueblo*"; "*Marginación de un pueblo: grito de las Iglesias*". No se ha reducido a la proclamación y a la denuncia. Han entrado obispos, casi por fuerza, en las prisiones para visitar a prisioneros y torturados. Como el cardenal de Sao Paulo, Paulo Evaristo Arns, han emprendido todas las gestiones para localizar y defender los prisioneros políticos y han creado asociaciones para la defensa de los derechos del hombre.

La Iglesia ha sido, por otro lado, bastante inteligente como para ver la ambigüedad que puede ocultarse bajo la defensa de los derechos del hombre. No es suficiente luchar por

los derechos del individuo: gobiernos capitalistas han hecho de tal actitud su bandera política. Importa luchar por los derechos sociales. El sistema capitalista internacional de hoy posee sus reglas de juego e impone estructuras sin prestar atención a los derechos personales y sociales. Por su funcionamiento en los países de la periferia, las estructuras crean una situación que prácticamente obliga a los gobiernos a violar los derechos del hombre. La causa no reside principalmente en la malicia de los gobiernos ni en el sadismo del aparato de represión. La causa real se oculta en las estructuras del sistema capitalista mismo, controladas a partir de los países del centro, cuyos gobiernos blanden la bandera de los derechos individuales sin darse cuenta de que son los principales responsables de la situación que, siguiendo sus reglas de juego, conduce a violaciones manifiestas de la dignidad humana y de la estructura de la sociedad nacional. Son numerosas las Iglesias locales que han descubierto ya el fariseísmo oculto bajo la capa de la defensa de los derechos del hombre de parte de los países del centro de nuestro sistema económico y político: denuncian los efectos, pero rehúsan atenerse a las causas.

## **2) La Iglesia, red de comunidades y su universalidad concreta**

Una Iglesia que nace del pueblo bajo la influencia del Espíritu de Dios está a punto de emerger por todas partes. Es la red de comunidades de base, cuyo origen se debe a la Iglesia-gran-Institución, pero que está a punto de organizarse bajo ejes diferentes, pues para la evangelización considera como principal el papel del laico. El centro sociológico de estas comunidades se encuentra en el mundo de los pobres: es ahí donde se anudan los lazos de una fraternidad real y donde se crean las cadenas de una acción evangélica solidaria para promover y ayudar la liberación de los oprimidos. La diseminación de las comunidades eclesiales de base constituye un hecho teológico de grandes consecuencias, y también un hecho socio-político de alcance liberador. Teológicamente, se hace la prueba de que la Iglesia puede *institucionalmente* reinventarse y de que puede crear para ella estructuras nuevas más adecuadas al medio social, capaces de traducir para hoy el aspecto positivo de la teología de los apóstoles. Se trata de una verdadera eclesiogénesis. Políticamente, estas comunidades significan un contrapeso al nuevo Estado centralizador y masificador, guardando solamente el mínimo de organización social sin el cual el pueblo está reducido a ser una masa.

### *La pequeña comunidad eclesial es Iglesia universal*

La pequeña comunidad eclesial de base debe ser considerada como Iglesia universal porque en ella se realiza, se ofrece y se da el testimonio de salvación universal de Dios Padre por la mediación de Jesucristo y de su Espíritu. Aunque la comunidad de base no presenta todas las manifestaciones posibles de la universalidad, realiza sin embargo la nota de universalidad, común a todas las comunidades de fe ortodoxa en comunión con todas las otras. Se vive la misma fe, el mismo amor y la misma esperanza, se leen las mismas Escrituras cristianas, se sigue al mismo Cristo en comunión con su vida y su destino, se realiza la misma comunidad reunida por la Palabra liberadora. En las afueras de las ciudades, en los pueblos, en el interior casi nunca alcanzado por la presencia del sacerdote, el pueblo humilde se reúne con su coordinador para oír y celebrar el mensaje de liberación, para organizar las tareas comunitarias y poner en marcha los medios de ayuda mutua. La Iglesia universal, sacramento del Reino, toma forma aquí.

### *Unidad de la vida y de la fe*

Al no poder reunirse al abrigo de organizaciones civiles a causa del control y de la represión, la fe ha servido a la base de único espacio legal donde los pobres han podido hacer y rehacer su espíritu comunitario. A la luz del evangelio, se aprende a interpretar la vida y a elaborar una conciencia crítica cara a los mecanismos que engendran la miseria y aniquilan al hombre. Las comunidades de base poseen un carácter eminentemente religioso porque todo se hace a partir del ideal y de los símbolos cristianos. Se observa una unión profunda entre vida y fe. El pueblo no conoce eufemismos; traduce en prácticas consecuentes el mensaje evangélico. En este contexto es donde se vive naturalmente la dimensión social y política de la fe cristiana como compromiso de conversión de actitudes y de estructuras de convivencia. La liberación, antes de ser una práctica teórica de los teólogos latinoamericanos, es una experiencia espiritual y política (en el sentido amplio de esta palabra) de numerosísimas comunidades. Al mismo tiempo que la oración y la meditación de las palabras del Evangelio, existe una solidaridad liberadora respecto a los necesitados en el plano de la alimentación y la salud, de la ayuda mutua, de pequeñas asociaciones para la defensa del precio de sus productos, de grupos de estudio y de reflexión para la defensa de sus derechos de hombres, garantizados por la legislación pero siempre violados por los poderosos. Así nace una verdadera pedagogía liberadora donde el oprimido, con sus propios medios, aprende a liberarse en la medida en que se une, se organiza, y actúa comunitariamente y de manera solidaria. La fe ha servido y continúa sirviendo como vehículo creador del espíritu y de las prácticas comunitarias. Lo que se construye posee un valor universal en términos de promoción y de liberación progresiva del hombre. Evidentemente, la Iglesia sabe que se trata en muchos campos de una función de suplencia. Pero en esta situación donde están cortados todos los caminos de encuentro del pueblo consigo mismo, la Iglesia cumple una misión inevitable de organización y de educación. Mañana, cuando haya más libertad, el mismo pueblo, con sus propios instrumentos, podrá asumir su propia causa. La Iglesia lo habrá educado con vistas a las corresponsabilidad, para que él ilumine, a la luz de la fe y del mensaje liberador de Jesucristo, su compromiso en la historia.

### *La defensa de los derechos humanos en la base*

Las comunidades eclesiales de base no tienen, como la Iglesia-gran-Institución, fuerza de representación o de presión sobre los mecanismos sociales. Viven relaciones horizontales, fraternas, pero no tienen acceso a los medios de comunicación; por eso, se encuentran mucho más expuestas al poder absoluto de los grandes. Pero a pesar de eso, en su gran mayoría, las comunidades eclesiales de base están profundamente comprometidas en la defensa de los derechos del hombre. Primeramente, existe una concientización sistemática de sus derechos y de su dignidad; luego se intenta vivir en la comunidad misma un nuevo *ethos* que representa una alternativa al *ethos* dominante y generador de continuas violaciones; implica más solidaridad, participación y conformidad con el espíritu de las bienaventuranzas. Existe ahí una discreta denuncia profética por parte de grupos que asumen los riesgos inevitables y son solidarios cuando uno u otro miembro de la comunidad es víctima de las consecuencias de su coraje. La Iglesia se da cuenta de que cuanto más llega a ser pueblo, más llega a ser Iglesia. No es ya una Iglesia para los pobres o para los que están sin protección, sino una Iglesia hecha

*de pobres y de gente sin protección. Las reivindicaciones, que la pobreza, la injusticia, la marginación promueven en contra-partida, constituyen una llamada universal para toda conciencia humana que no ha perdido aún el mínimo de solidaridad con los que forman parte de la misma especie.*

### **Dos hechos de gran alcance**

La experiencia eclesiológica latinoamericana ilumina dos hechos que merecen una consideración especial.

Primeramente, no es necesario oponer Iglesia-gran-Institución a Iglesia-red-de-comunidades. La coyuntura histórica pide que la Iglesias e ainstitucionalmente fuerte y unida para plantar cara a un Estado autoritario y a sus tendencias al totalitarismo y que en el nombre del Evangelio pueda hacer oír sus reivindicaciones a favor del respecto a los derechos del hombre y del mantenimiento de una sociabilidad mínima sin la cual la sociedad está destruida y masificada.

Además la comunidad eclesial de base constituye una nueva manera de ser-Iglesia y una nueva manera para el Evangelio de encarnarse en el pueblo y en su cultura popular. Al vivir fuertemente la unidad de la teoría y de la práctica, la comunidad asume una eminente función política: es, históricamente, la única vía que se presenta como viable, y a través de la cual el pueblo puede continuar reuniéndose, estableciendo lazos de solidaridad y manteniéndose como pueblo.

La Iglesia que asume una diaconía en favor de los más altos valores humanos, comprendidos en el interior del proyecto cristológico, se universaliza en la medida en que tales valores son universales y en la medida en que efectivamente puede vivirlos en el interior de su propia realidad.

**Tradujo y condensó: J. M. BERNAL**